

otro lado, nuestra autora distingue en los C.R. una visión histórica y una visión mítica: "...mítica en cuanto a relatar una descripción particular del indio, pero histórica en lo que atañe a justificar la conquista y la evangelización." Siguiendo su razonamiento, ubica a los C.R. en una perspectiva histórica que "...será vista no en la precisión de los hechos que relata sino en su configuración de los acontecimientos históricos para presentar determinadas ideas como únicas y dotadas de vigencia."

La obra fundamental del Inca Garcilaso se gestó en medio de muchos conflictos, personales y sociales, que de alguna manera contribuyeron a su gran riqueza y complejidad. A juicio de la doctora Amador es menester resaltar la situación conflictiva generada por una estructura económica de dependencia, que ya se vivió con características propias en la época del Inca, que se vive aún ahora, y que nos debe mover a reflexionar sobre las relaciones entre dependencia económica y dependencia literaria. A su criterio, la dependencia económica hace que la cultura de los países dependientes... acusen efectos de influencias colonizadoras que tienden a tornarla en cultura imitativa y de reflejo. De esta tesis fluye una línea de razonamiento que nos permite explicar por qué el escritor Garcilaso, en su época, tanto como muchos de los escritores e intelectuales contemporáneos, nos presentan imágenes y concepciones que son propias de los colonizadores (colonialistas), que favorecen su dominación y son ajenas a los intereses nacionales de países como los nuestros, que siguen sufriendo los estragos de nuevas formas de colonialismo.

Es un texto muy sugerente el que comentamos; abre muchos caminos de indagación de los C.R. y, en general, de las Crónicas. Esta es una gran virtud. La calidad de la obra hubiera sido mayor si no estuviera tan descuidada en su edición y, a veces desactualizada. Por ejemplo, al Licenciado Polo de Ondegardo se le llama Polo de Odenarago; en vez de 'indios y gamonales' se habla de 'indios y gomoles'; se da como autor del drama *Ollantay* al Padre Antonio Valdez, cuando en realidad el debate sobre la autoría de tal obra aún persiste y no hay razones de peso para sindicarlo a Valdez como el autor (en 1983, el profesor Teodoro Mene-

ses en su *Antología del Teatro Quechua Colonial*, presenta al doctor Vasco de Contreras y Valverde, clérigo que vivió en el Cusco entre 1640 y 1642, como posible autor del *Ollantay*); además, al mestizo Blas Valera (o por lo menos criollo), se lo presenta como español; se dice que una de las formas de protesta religiosa de los indios de hoy es el regreso al culto del huamani, cuando en realidad nunca se dejó de venerar al huamani aunque su culto se disfrazó tras formas católicas (sincretismo); se usa repetidamente la palabra disgresión por digresión, etc., etc.

Felizmente los yerros mostrados son adjetivos a la obra y apenas la desmerecen.

Róger Díaz Arrué

Vidal, Hernán. *Socio-historia de la literatura colonial hispanoamericana: tres lecturas orgánicas*. Minneapolis (Minnesota), Institute for the Study of Ideologies and literature, 1985, 255 p.

Tierra de encuentro, tierra de promisión, en nuestra América convergen distintas tradiciones culturales. En esta tierra, la civilización occidental ha entrado en contacto con culturas muy diferentes, y ha dado lugar a complejos procesos de fusión y síntesis. Procesos que no se han caracterizado precisamente por ser armónicos, sino más bien violentos, desiguales, compulsivos, pero que han conformado un ámbito insólito: el único espacio humano en el que lo occidental y lo no-occidental pueden fecundarse mutuamente.

Este encuentro, cuyas consecuencias siguen aún indefinidas, tuvo su tumultuoso inicio en el período que denominamos colonial. De allí que abordar el estudio de la literatura colonial no es emprender una aventura nostálgica, sino remontarse a las fuentes de una actualidad vigente. Además, habría que preguntarse si nuestra condición colonial ha sido ya cancelada, o si no ha sido más bien simplemente redefinida...

Ha sido la inquietud educativa la que ha movido al profesor chileno Hernán Vidal a emprender la ambiciosa tarea de delinear

una socio-historia de la literatura hispanoamericana colonial. Vidal es plenamente conciente de la inmensidad de una empresa que requiere el manejo, no solamente de una ingente cantidad de textos literarios, sino también de una variada información proveniente de las ciencias sociales. La obra que reseñamos intenta ser una contribución individual a una tarea que exigirá un abordamiento multidisciplinario.

Preside la elaboración de este texto una inquietud fundamental: evidenciar el nexo orgánico entre una obra literaria y la sociedad que le dio vida. Vidal cree que relacionar contexto histórico y producción cultural de un período es la única vía mediante la cual la literatura colonial recupera su pleno sentido para el lector moderno. Vidal se esfuerza por "...demostrar una continuidad discursiva entre la dimensión microcósmica de la visión del mundo contenida en un texto y una concepción macrocósmica de las estructuras sociales de la época..." (p. 1).

Para Vidal, en la creación individual de un autor se plasman proyectos personales que se vinculan a la adhesión, crítica o rechazo de proyectos colectivos. "...la producción individual de un poeta sólo tiene sentido social en la medida en que ella sea puesta en referencia a los proyectos de transformación de la naturaleza y la sociedad propuestos a la comunidad por agentes históricos colectivos, aun sin la conciencia o intención del autor..." (p. 5). Se trata de grupos sociales que buscan instaurar su hegemonía universalizando sus intereses particulares. En torno a dichos proyectos se organizan las categorías para la representación discursiva que informan la escritura de los sectores intelectuales.

Explícitamente, Vidal asume en su trabajo una concepción materialista histórica que evidencia la influencia de Althusser. Afirma que los diversos niveles de la actividad humana tienen su especificidad, su autonomía relativa, y que todos ellos se determinan mutuamente, formando una totalidad orgánica: la sociedad; es el fenómeno denominado por Althusser sobredeterminación. Por cierto, no todos los elementos del universo social ejercen similar influencia en la visión poética. El factor que en última instancia, da sentido a todo discurso, es la manera cómo se relaciona con los proyec-

tos colectivos de los diversos agentes sociales que pugnan por afirmar una hegemonía en una sociedad. Alguna de las categorías de la lógica práctica de dichos proyectos se constituye en nódulo ordenador de la visión poética. La tarea del crítico consiste en establecer cuáles nódulos son los que vinculan el microcosmos del texto al macrocosmos de la sociedad. Esta propuesta metodológica emparenta los esfuerzos de Vidal con los planteamientos teóricos de los críticos marxistas franceses empeñados en desarrollar en el campo de la literatura las elaboraciones de Althusser, en particular con el empeño de France Vernier por establecer las "mediaciones" existentes entre la infraestructura social y la superestructura literaria.

En base a postulados de tal naturaleza, Vidal no puede dejar de concluir que "...la literatura es una manifestación ideológica, es decir, una representación imaginaria de las relaciones sociales reales o posibles en que viven los hombres..." (p. 17). Sin embargo, este enfoque socio-literario no es postulado como alternativa excluyente a enfoques de distinta orientación, sino como complemento a la comprensión de un corpus literario, aunque no descarta que puedan presentarse importantes discrepancias con estudios puramente intratextuales, en particular en relación a los aspectos formales fundamentales para la interpretación del corpus.

Las inevitables limitaciones humanas obligan a Vidal a restringir su trabajo analítico a un número reducido de obras, a lo que denomina un corpus canónico, es decir aquel conjunto de textos cuya importancia ha sido ya consagrada por el consenso de la crítica.

El estudio del corpus es organizado en 3 períodos: literatura de la conquista, literatura de la estabilización colonial y literatura prerrevolucionaria y revolucionaria. Al abordar el análisis de cada uno de dichos períodos, Vidal se propone cumplir 3 tareas:

-esbozar el horizonte estructural, es decir, la organización económica, las relaciones de clases sociales, la situación ideológica y los proyectos de los distintos agentes sociales.

-esclarecer la forma en que los inte-

lectuales definen su identidad, intereses y propósitos.

—presentar el sistema temático, metafórico y simbólico que los escritores crean individual y colectivamente.

La conquista fue ante todo una empresa mercantilista, plasmada en políticas imperialistas de expansión territorial que desembocaron en la super-explotación (y/o desaparición) de la población indígena.

Una empresa de tal naturaleza imponía a los conquistadores la estructuración de sus discursos en base a modalidades épicas: "...la épica articula intereses privados que en el desarrollo del discurso aparecen como verdades y prioridades para la acción pública..." (p. 36). El conquistador es un héroe sobrehumano que encarna los valores supremos de su pueblo (Cortés), y el provecho privado se hace razón de estado (Colón en su Carta del descubrimiento). El héroe es portador de un sistema social y de una cosmogonía considerados superiores, cuya instauración implica la destrucción de civilizaciones extrañas. (He allí el remoto origen de la contraposición entre civilización y barbarie, de tan larga tradición en nuestras literaturas). El discurso épico se constituye en el más eficaz mecanismo de legitimación de la invasión.

En algunos escritores, como Fray Bartolomé de las Casas y en cierta medida Alvar Núñez Cabeza de Vaca, se hace patente la contradicción entre la práctica real de la conquista y su justificación ideológica religiosa.

El nódulo de continuidad entre el microcosmos textual y el macrocosmos social lo encuentra Vidal en este período en la relación manipulativa entre los conquistadores que buscaban lograr el reconocimiento de sus méritos y la burocracia estatal. De allí el florecimiento de relaciones y crónicas con las que se interpelaba a la autoridad (en particular el Consejo de Indias) y en los que se plasmaban los enfrentamientos de los diversos sectores en pugna. De allí también la fetichización del documento legal, instrumento privilegiado de gobierno en el imperio español. El esfuerzo de los protagonistas de la conquista por adecuarse a los requerimientos ideológicos del Estado determinan las categorías literarias empleadas para representar la experiencia histórica.

La producción literaria del período de estabilización colonial tiene como objetivo central el canto a la universalidad del imperio, que adquiere dimensión ceremonial. Como afirma Vidal, "...la literatura de la Estabilización Colonial está condicionada por las funciones de la ciudad virreinal en sus nexos con el poder imperial..." (p. 90), funciones que están a cargo de la burocracia estatal y religiosa responsable de la relación comercial con la metrópoli y del sometimiento de los grupos sociales oprimidos. La existencia de una oligarquía criolla lo suficientemente poderosa para acatar formalmente los discursos imperiales y contradecirlos en la práctica, hacía de dichos discursos meras máscaras rituales, obsoletas en la realidad (el caso de las leyes que protegían a la población indígena es el más notorio).

El boato barroco de las ceremonias en las capitales virreinales —en las que se incluían variadas manifestaciones literarias—, constituía un medio de reafirmación del poderío imperial destinado a mantener la subordinación de las diversas castas oprimidas y oscurecer todo lo relativo a su situación. Esa actividad ceremonial produce en las élites una conciencia barroca que las lleva a considerarse representantes de la universalidad imperial. Los discursos importados de la metrópoli se constituyen en paradigmas culturales para todos los intelectuales, impidiéndoles dar cuenta de la complejidad social.

Los intelectuales se hacen partícipes del ritual imperial y siguen modelos españoles. Los escritores se valen de su brillo intelectual para lograr un ascenso social. Buscan atraer la atención de los superiores para alcanzar favores y prebendas o ascensos en la burocracia. Unos escritores se encierran en el ritualismo imperial (Balbuena, que en su "Grandeza Mexicana" propone una visión arcaica de la colonia es uno de los más representativos de esta orientación indudablemente mayoritaria). Otros —pocos—, considerados hoy generalmente los más importantes, intentan ofrecer una visión más global de la experiencia colonial, ya sea ligando el pasado precolombino con la colonia (Garcilaso), ya sea desenmascarando el boato virreinal (Caviedes con su sátira corrosiva, Sor Juana oprimida por las convenciones sociales), o dando cuenta de la multiplicidad de los espacios coloniales (Sigüenza y Góngora).

ra en sus "Infortunios de Alonso Ramírez"); escritores estos en los que es palpable una tensión entre su búsqueda de inserción en el aparato colonial y su voluntad de evidenciar la realidad americana.

En la etapa prerrevolucionaria y revolucionaria, la monarquía borbónica impulsó un proyecto de modernización del sistema mercantilista, que apuntaba a maximizar la productividad americana, intentando racionalizar la actividad humana. Los objetivos finales de dicha racionalización llevaron a un conflicto entre criollos y peninsulares, pues el programa reformista de la Corona implicaba un debilitamiento económico y social de los grupos criollos, en función de un fortalecimiento de la economía peninsular.

Esta modernización condujo a la creación de una nueva burocracia meritocrática, más profesional, de ideología racionalista y que propugnaba un reformismo "desde arriba". Surge una nueva intelectualidad que interviene activamente en los asuntos públicos, asumiendo actitudes propias de estadistas y, que se dirige ya no a una élite, sino al público anónimo urbano, ante el cual su mentalidad tecnocrática adquiere gran prestigio. Estos intelectuales asumen una actitud crítica que les acarreó constantes persecuciones.

En la literatura de esta época se nota una continuidad de la visión arcádica de la riqueza natural americana, pero remodelada hacia el mito adánico del criollo enfrentado a una naturaleza virgen en la que todo está por hacerse. Lo americano es apreciado en su monumentalidad, en cuanto a su riqueza natural y en cuanto a su pasado histórico, por autores como Heredia, que aborda el espacio americano en tanto escenario de una acción histórica que apunta a la instauración de un nuevo orden social, o como Bello, cuya poesía adquiere un sentido ético colectivista, orientado a la dominación de la naturaleza y a una nueva prosperidad.

Otros escritores destacan el rol de la educación en los esfuerzos modernizadores, contraponiendo dos concepciones: la mercantilista, irracional, basada en la especulación y el azar, que propicia el parasitismo, el arribismo y la ostentación; y otra, ilustrada, basada en la razón, el trabajo producti-

vo y disciplinado, la sobriedad, (Carrió de la Vandra, Terralla y Landa, Fernández de Lizardi). Esta importancia asignada al factor educativo lleva a destacar el rol de la figura paterna, cuya ausencia genera una corrupción moral que conduce al predominio de las pasiones sobre la razón. Los territorios americanos requieren de una figura paterna criolla, que posibilite su unidad, garantía de orden y prosperidad, (Bolívar, Olmedo). Como señala Vidal, ese afán por el orden conducirá a una situación en la que "...el padre de la familia americana, surgido de la burocracia tecnocrática, se transfigura en padre militar..." (p. 251).

Este trabajo de Vidal constituye indudablemente un valioso esfuerzo de sistematización y síntesis de nuestro vasto corpus colonial. Asume con coherencia el propósito de contribuir a una relectura —desde nuevas perspectivas— de nuestra tradición literaria, que permita entroncarla con las preocupaciones más actuales de nuestra crítica.

Sin embargo, la óptica de Vidal adolece del defecto de suministraros una visión parcial, unilateral, del fenómeno literario. Es verdad que Vidal es conciente de esta limitación y la señala explícitamente en su Introducción. Empero, creemos que ya es hora de que la crítica, que se reclama marxista o asume enfoques de dicha naturaleza, se proponga abordar desde una óptica totalizadora el fenómeno literario. El marxismo, asumido en su fecundidad creadora, rechaza todo reduccionismo y reivindica como decisiva la categoría de totalidad. Asumir ese reto implica desterrar visiones que estrechan la múltiple riqueza de lo literario (y en general de lo artístico), como lo hace el pensamiento althusseriano, y entroncarse con otras más fecundas, encarnadas por pensadores de la talla de Antonio Gramsci y José Carlos Mariátegui.

Una última observación, consecuencia de la anterior, versa sobre la selección del corpus analizado por Vidal. La perspectiva asumida lo lleva a dejar de lado o examinar someramente algunas de las cumbres de nuestra literatura colonial, como es el caso del Inca Garcilaso o de Sor Juana Inés de la Cruz.

El señalamiento de estos reparos no

invalida un trabajo solventado con seriedad y que puede ser punto de partida de empeños más totalizantes.

Carlos García-Bedoya M.

González Stephan, Beatriz. *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1985, 214 pp.

Para los estudios literarios cada vez resulta más importante el ahondar en el discurso y la problemática de la Historia, en esa perspectiva el texto de Beatriz González Stephan implica múltiples dimensiones reflexivas, que abren un amplio espectro de posibilidades críticas para cualquier lector curioso. El secreto de dicha gama significativa creemos que está claramente precisado desde un inicio cuando su autora establece entre sus objetivos no sólo el “contribuir al conocimiento de un aspecto si no decisivo por lo menos básico para el desarrollo global e integrado de los Estudios Literarios en América Latina: el corpus bibliográfico que forman las diversas —y dispersas— historias de la literatura hispanoamericana”, sino que también “a partir de su examen crítico plantear una serie de problemas pertinentes a esa rama algo descuidada actualmente en los estudios: la Historia Literaria”.

Así, la primera parte en que está dividida esta *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana* va a centrarse en este último punto, algunos de cuyos muchos aportes intentaremos precisar.

En “Situación actual de la historia de la literatura hispanoamericana”, Capítulo I del libro, Beatriz González parte de la constatación de la crisis que ineludiblemente afecta a los estudios literarios “en y sobre América Latina” para señalar que “no debe ser entendida simplemente como una inoperabilidad de su aparato conceptual, sino como la limitación de las bases epistemológicas que la fundamentan para dar cuenta de los fenómenos literarios”. Introduciéndonos en reflexiones fundamentales en torno a las relaciones existentes entre Teoría, Crítica e Historia Literaria.

Aspecto capital del trabajo, pues, al esclarecer que el divorcio entre crítica e historia y la postergación del aspecto teórico (evidenciado entre otras cosas por la forma paradójica como “el término ‘crítica’ literaria casi pasó a reemplazar” a “los de ‘teoría’ e ‘historia’ literarias”), trajo como consecuencia “la puesta al día de una serie de obstáculos que embargan las diversas prácticas discursivas que conforman el ámbito de los Estudios Literarios en la América Latina” nos advierte de la necesidad de incentivar una preocupación cada vez mayor por los problemas de la historia de la literatura latinoamericana. Comprendiéndose que, si se busca efectivamente nuevas perspectivas, no puede desarrollarse la crítica sin la historia y viceversa.

En tal sentido, “dentro de las nuevas exigencias, las limitaciones de la crítica no pueden ser superadas sin una puesta al día de los estudios histórico-literarios. Y, por consiguiente, también se va viendo cada vez con más claridad la necesidad de un deslinde de las especificidades, tareas y funciones que deben cumplir una teoría, una crítica y una historia de la literatura latinoamericana; y que, cada una de ellas, a su vez, no puede devenir en una práctica plena sin apoyarse en las otras”.

González Stephan va introducirnos así a estos “diferentes y complementarios modos de conocimiento del hecho literario”, que trabajan con el mismo corpus de obras “pero entregan de él dimensiones diferentes y también ‘complementarias’”. Indicándonos que “lo que puede caracterizar el trabajo de la crítica es, pues, el estudio comprensivo de las obras dentro de una perspectiva predominantemente sincrónica, cuyo sentido último se vincula al diseño teórico del sistema donde las obras se relacionan”; sin descuidar “las señales de cambio, las alteraciones y sustituciones que se dan en forma sustantiva en los textos literarios”, dado que su trabajo “no tiene por qué estar desvinculado de la historia”.

Por otro lado la investigación establece que “podemos considerar que la especificidad del discurso de la historia literaria descansa en el estudio de vastos y heterogéneos conjuntos literarios, organizados a partir de una perspectiva predominantemente diacrónica, es decir, privilegiando la reali-